I. LA PROMESA

Hoy en día los hombres advierten con frecuencia que sus vidas privadas son una serie de añagazas. Se dan cuenta de que en sus mundos cotidianos no pueden vencer sus dificultades, y en eso muchas veces tienen toda la razón: lo que los hombres corrientes saben directamente y lo que tratan de hacer está limitado por las órbitas privadas en que viven; sus visiones y sus facultades se limitan al habitual escenario del trabajo, de la familia, de la vecindad; en otros medios, se mueven por sustitución y son espectadores. Y cuanto más cuenta se dan, aunque sea vagamente, de las ambiciones y de las amenazas que trascienden de su ambiente inmediato, más atrapados parecen sentirse.

Por debajo de esa sensación de estar atrapados se encuentran cambios aparentemente impersonales de la estructura misma de sociedades de dimensiones continentales. Los hechos de la historia contemporánea son también hechos relativos al triunfo y al fracaso de hombres y mujeres individuales. Cuando una sociedad se industrializa, el campesino se convierte en un trabajador, y el señor feudal es liquidado o se convierte en un hombre de negocios. Cuando las clases suben o bajan, un hombre tiene trabajo o no lo tiene; cuando la proporción de las inversiones aumenta o disminuye, un hombre toma nuevos alientos o se arruina. Cuando sobrevienen guerras, un agente de seguros se convierte en un lanzador de cohetes, un oficinista en un experto en radar, las mujeres viven solas y los niños crecen sin padre. Ni la vida de un individuo ni la historia de una sociedad pueden entenderse sin entender ambas cosas.

Pero los hombres, habitualmente, no definen las inquietudes que sufren en relación con los cambios históricos y las contradicciones institucionales. Por lo común, no imputan el bienestar de que gozan a los grandes vaivenes de la sociedad en que viven. Rara vez conscientes de la intrincada conexión entre el tipo de sus propias vidas y el curso de la historia del mundo, los hombres corrientes suelen ignorar lo que esa conexión significa para el tipo de hombres en que se van convirtiendo y para la clase de actividad histórica en que pueden tener parte. No poseen la cualidad mental esencial para percibir la interrelación del hombre y la sociedad, de la biografía y de la historia, del yo y del mundo. No pueden hacer frente a sus problemas personales en formas que les permitan controlar las transformaciones estructurales que suelen estar detrás de ellas.

No es de extrañar, desde luego. ¿En qué época se han visto tantos hombres expuestos a paso tan rápido a las sacudidas de tantos cambios? Que los norteamericanos no hayan conocido cambios tan catastróficos como los hombres y las mujeres de otras sociedades, se debe a hechos históricos que ahora se van convirtiendo velozmente en "mera historia". La historia que ahora afecta a todos los hombres es la historia del mundo. En este escenario y en esta época, en el curso de una sola generación, la sexta parte de la humanidad de feudal y atrasada ha pasado a ser moderna, avanzada y temible. Las colonias políticas se han liberado, y han surgido nuevas y menos visibles formas de imperialismo. Hay revoluciones, y los hombres sienten la opresión interna de nuevos tipos de autoridad. Nacen sociedades totalitarias y son reducidas a pedazos... o triunfan fabulosamente. Después de dos siglos de dominio, al capitalismo se le señala sólo como uno de los medios de convertir la sociedad en un aparato industrial. Después de dos siglos de esperanza, aun la democracia formal está limitada a una porción muy pequeña de la humanidad. Por todas partes, en el mundo subdesarrollado, se abandonan antiguos estilos de vida y vagas expectativas se convierten en demandas urgentes. Por todas partes, en el mundo superdesarrollado, los medios de ejercer la autoridad y la violencia se hacen totales en su alcance y burocráticos en su forma. Yace ahora ante nosotros la humanidad misma, mientras las supernaciones que constituyen sus polos concentran sus esfuerzos más coordinados e ingentes en preparar la tercera guerra mundial.

La plasmación misma de la historia rebasa actualmente la habilidad de los hombres para orientarse de acuerdo con valores preferidos. ¿Y qué valores? Aun cuando no se sientan consternados, los hombres advierten con frecuencia que los viejos modos de sentir y de pensar se han ido abajo y que los comienzos más recientes son ambiguos hasta el punto de producir parálisis moral. ¿Es de extrañar que los hombres corrientes sientan que no pueden hacer frente a los mundos más dilatados ante los cuales se encuentran de un modo tan súbito? ¿Que no puedan comprender el sentido de su época en relación con sus propias vidas? ¿Que, en defensa de su yo, se insensibilicen moralmente, esforzándose por seguir siendo hombres totalmente privados o particulares? ¿Es de extrañar que estén poseídos por la sensación de haber sido atrapados?

No es sólo información lo que ellos necesitan. En esta Edad del Dato la información domina con frecuencia su atención y rebasa su capacidad para asimilarla. No son sólo destrezas intelectuales lo que necesitan, aunque muchas veces la lucha para conseguirlas agota su limitada energía moral.

Lo que necesitan, y lo que ellos sienten que necesitan, es una cualidad mental que les ayude a usar la información y a desarrollar la razón para conseguir recapitulaciones lúcidas de lo que ocurre en el mundo y de lo que quizás está ocurriendo dentro de ellos. Y lo que yo me dispongo a sostener es que lo que los periodistas y los sabios, los artistas y el público, los científicos y los editores esperan de lo que puede llamarse imaginación sociológica, es precisamente esa cualidad.

1

La imaginación sociológica permite a su poseedor comprender el escenario histórico más amplio en cuanto a su significado para la vida interior y para la trayectoria exterior de diversidad de individuos. Ella le permite tener en cuenta cómo los individuos, en el tumulto de su experiencia cotidiana, son con frecuencia falsamente conscientes de sus posiciones sociales. En aquel tumulto se busca la trama de la sociedad moderna, y dentro de esa trama se formulan las psicologías de una diversidad de hombres y mujeres. Por tales medios, el malestar personal de los individuos se enfoca sobre inquietudes explícitas y la indiferencia de los públicos se convierte en interés por las cuestiones públicas.

El primer fruto de esa imaginación —y la primera lección de la ciencia social que la encarna— es la idea de que el individuo sólo puede comprender su propia experiencia y evaluar su propio destino localizándose a sí mismo en su época; de que puede conocer sus propias posibilidades en la vida si conoce las de todos los individuos que se hallan en sus circunstancias. Es, en muchos aspectos, una lección terrible, y en otros muchos una lección magnífica. No conocemos los límites de la capacidad humana para el esfuerzo supremo o para la degradación voluntaria, para la angustia o para la alegría, para la brutalidad placentera o para la dulzura de la razón. Pero en nuestro tiempo hemos llegado a saber que los límites de la "naturaleza humana" son espantosamente dilatados. Hemos llegado a saber que todo individuo vive, de una generación a otra, en una sociedad, que vive una biografía, y que la vive dentro de una sucesión histórica. Por el hecho de vivir contribuye, aunque sea en pequeñísima medida, a dar forma a esa sociedad y al curso de su historia, aun cuando él está formado por la sociedad y por su impulso histórico.

La imaginación sociológica nos permite captar la historia y la

biografía y la relación entre ambas dentro de la sociedad. Ésa es su tarea y su promesa. Reconocer esa tarea y esa promesa es la señal del analista social clásico. Es la característica de Herbert Spencer, ampuloso, verboso, comprensivo; de A. E. Ross, gracioso, revelador, probo; de Auguste Comte y Émile Durkheim; del intrincado y sutil Karl Mannheim. Es la cualidad de todo lo que es intelectualmente excelente en Carlos Marx; es la clave de la brillante e irónica penetración de Thorstein Veblen, de las polifacéticas interpretaciones de la realidad de Joseph Schumpeter; es la base del alcance psicológico de W. E. H. Lecky no menos que de la profundidad y la claridad de Max Weber. Y es la señal de todo lo mejor de los estudios contemporáneos sobre el hombre y la sociedad.

Ningún estudio social que no vuelva a los problemas de la biografía, de la historia y de sus intersecciones dentro de la sociedad, ha terminado su jornada intelectual. Cualesquiera que sean los problemas del analista social clásico, por limitados o por amplios que sean los rasgos de la realidad social que ha examinado, los que imaginativamente han tenido conciencia de lo que prometía su obra han formulado siempre tres tipos de preguntas:

1) ¿Cuál es la estructura de esta sociedad particular en su conjunto? ¿Cuáles son sus componentes esenciales, y cómo se relacionan entre sí? ¿En qué se diferencia de otras variedades de organización social? ¿Cuál es, dentro de ella, el significado de todo rasgo particular para su continuidad o para su cambio?

2) ¿Qué lugar ocupa esta sociedad en la historia humana? ¿Cuál es el mecanismo por el que está cambiando? ¿Cuál es su lugar en el desenvolvimiento de conjunto de la humanidad y qué significa para él? ¿Cómo afecta todo rasgo particular que estamos examinando al periodo histórico en que tiene lugar, y cómo es afectado por él? ¿Y cuáles son las características esenciales de ese periodo? ¿En qué difiere de otros periodos? ¿Cuáles son sus modos característicos de hacer historia?

3) ¿Qué variedades de hombres y de mujeres prevalecen ahora en esta sociedad y en este periodo? ¿Y qué variedades están empezando a prevalecer? ¿De qué manera son seleccionados y formados, liberados y reprimidos, sensibilizados y embotados? ¿Qué clases de "naturaleza humana" se revelan en la conducta y el carácter que observamos en esta sociedad y en este periodo? ¿Y cuál es el significado para la "naturaleza humana" de todos y cada uno de los rasgos de la sociedad que examinamos?

Ya sea el punto de interés un Estado de gran poderío, o un talento literario de poca importancia, una familia, una prisión o un credo, ésos son los tipos de preguntas que han formulado los mejores analistas sociales. Ellas constituyen los pivotes intelectuales de los estudios clásicos sobre el hombre y la sociedad, y son las preguntas que inevitablemente formula toda mente que posea imaginación sociológica. Porque esa imaginación es la capacidad de pasar de una perspectiva a otra: de la política a la psicología, del examen de una sola familia a la estimación comparativa de los presupuestos nacionales del mundo, de la escuela teológica al establecimiento militar, del estudio de la industria del petróleo al de la poesía contemporánea. Es la capacidad de pasar de las transformaciones más impersonales y remotas a las características más íntimas del yo humano, y de ver las relaciones entre ambas cosas. Detrás de su uso está siempre la necesidad de saber el significado social e histórico del individuo en la sociedad y el periodo en que tiene su cualidad y su ser.

En suma, a esto se debe que los hombres esperen ahora captar, por medio de la imaginación sociológica, lo que está ocurriendo en el mundo y comprender lo que está pasando en ellos mismos como puntos diminutos de las intersecciones de la biografía y de la historia dentro de la sociedad. En gran parte, la conciencia que de sí mismo tiene el hombre contemporáneo como de un extraño por lo menos, si no como de un extranjero permanente, descansa sobre la comprensión absorta de la relatividad social y del poder transformador de la historia. La imaginación sociológica es la forma más fértil de esa conciencia de sí mismo. Por su uso, hombres cuyas mentalidades sólo han recorrido una serie de órbitas limitadas, con frecuencia llegan a tener la sensación de despertar en una casa con la cual sólo habían supuesto estar familiarizados. Correcta o incorrectamente, llegan a creer con frecuencia que ahora pueden proporcionarse a sí mismos recapitulaciones adecuadas, estimaciones coherentes, orientaciones amplias. Antiguas decisiones, que en otro tiempo parecían sólidas, les parecen ahora productos de mentalidades inexplicablemente oscuras. Vuelve a adquirir agudeza su capacidad de asombrarse. Adquieren un modo nuevo de pensar, experimentan un trastrueque de valores; en una palabra, por su reflexión y su sensibilidad comprenden el sentido cultural de las ciencias sociales.

2

La distinción más fructuosa con que opera la imaginación sociológica es quizás la que hace entre "las inquietudes personales del medio" y "los problemas públicos de la estructura social". Esta

distinción es un instrumento esencial de la imaginación sociológica y una característica de toda obra clásica en ciencia social.

Se presentan *inquietudes* en el carácter de un individuo y en el ámbito de sus relaciones inmediatas con otros; tienen relación con su yo y con las áreas limitadas de vida social que conoce directa y personalmente. En consecuencia, el enunciado y la resolución de esas inquietudes corresponde propiamente al individuo como entidad biográfica y dentro del ámbito de su ambiente inmediato: el ámbito social directamente abierto a su experiencia personal y, en cierto grado, a su actividad deliberada. Una inquietud es un asunto privado: los valores amados por un individuo le parecen a éste que están amenazados.

Los *problemas* se relacionan con materias que trascienden del ambiente local del individuo y del ámbito de su vida interior. Tienen que ver con la organización de muchos ambientes dentro de las instituciones de una sociedad histórica en su conjunto, con las maneras en que diferentes medios se imbrican e interpenetran para formar la estructura más amplia de la vida social e histórica. Un problema es un asunto público: se advierte que está amenazado un valor amado por la gente. Este debate carece con frecuencia de enfoque, porque está en la naturaleza misma de un problema, a diferencia de lo que ocurre con la inquietud aun más generalizada, el que no se le pueda definir bien de acuerdo con los ambientes inmediatos y cotidianos de los hombres corrientes. En realidad, un problema implica muchas veces una crisis en los dispositivos institucionales, y con frecuencia implica también lo que los marxistas llaman "contradicciones" o "antagonismos".

Consideremos a esa luz el desempleo. Cuando en una ciudad de 100 000 habitantes sólo carece de trabajo un hombre, eso constituye su inquietud personal, y para aliviarla atendemos propiamente al carácter de aquel hombre, a sus capacidades y a sus oportunidades inmediatas. Pero cuando en una nación de 50 millones de trabajadores 15 millones carecen de trabajo, eso constituye un problema, y no podemos esperar encontrarle solución dentro del margen de oportunidades abiertas a un solo individuo. Se ha venido abajo la estructura misma de oportunidades. Tanto el enunciado correcto del problema como el margen de soluciones posibles nos obliga a considerar las instituciones económicas y políticas de la sociedad, y no meramente la situación y el carácter personales de individuos sueltos.

Veamos la guerra. El problema personal de la guerra, cuando se presenta, puede estar en cómo sobrevivir o cómo morir con honor, cómo enriquecerse con ella, cómo trepar a lo más alto del aparato militar de seguridad, o cómo contribuir a ponerle término. En suma, encontrar, de acuerdo con los valores que uno reconoce, una serie de ambientes, y dentro de ella sobrevivir a la guerra o hacer significativa la muerte de uno en ella. Pero los problemas estructurales de la guerra se refieren a sus causas, a los tipos de hombres que lleva al mando, a sus efectos sobre la economía y la política, sobre la familia y las instituciones religiosas, a la irresponsabilidad desorganizada de un mundo de Estados-naciones.

Veamos el matrimonio. En el matrimonio el hombre y la mujer pueden experimentar inquietudes personales, pero cuando la proporción de divorcios durante los cuatro primeros años de matrimonio es de 250 por cada 1 000, esto es prueba de un problema estructural que tiene que ver con las instituciones del matrimonio y de la familia y con otras relacionadas con ellas.

O veamos las metrópolis: el horrible, hermoso, repugnante y magnífico desparramamiento de la gran ciudad. Para muchas personas de las clases altas, la solución personal del "problema de la ciudad" es tener un departamento con garage privado en el corazón de la ciudad, y a cuarenta millas de ella una casa proyectada por Henry Hill con un jardín diseñado por Garrett Eckbo, en un terreno de cuarenta hectáreas de propiedad personal. En esos dos ambientes controlados —con un pequeño cuerpo de servicio en cada extremo y una comunicación por helicóptero entre ellos—, la mayor parte de las personas resolvería muchos de los problemas de ambiente personal causados por los hechos de la ciudad. Pero todo eso, aunque espléndido, no resuelve los problemas públicos que el hecho estructural de la ciudad plantea. ¿Qué habría que hacer con ese maravilloso monstruo? ¿Fragmentarlo en unidades diseminadas que reuniesen la residencia y el lugar de trabajo? ¿Dejarla como es, con algunos retoques? ¿O evacuarla y volarla con dinamita, y construir ciudades nuevas de acuerdo con planos y lugares nuevos? ¿Cómo serían esos planos? ¿Y quién va a decidir y a realizar lo que se elija? Ésos son problemas estructurales; hacerles frente y resolverlos nos obliga a examinar los problemas políticos y económicos que afectan a innumerables medios.

Mientras una economía esté organizada de manera que haya crisis, el problema del desempleo no admite una solución personal. Mientras la guerra sea inherente al sistema de Estados-naciones y a la desigual industrialización del mundo, el individuo corriente en su medio restringido será impotente —con ayuda psiquiátrica o sin ella— para resolver las inquietudes que este sistema o falta de sistema le impone. Mientras que la familia como institución

convierta a las mujeres en esclavas queridas y a los hombres en sus jefes proveedores y sus dependientes aún no destetados, el problema de un matrimonio satisfactorio no puede tener una solución puramente privada. Mientras la megalópolis superdesarrollada y el automóvil superdesarrollado sean rasgos constitutivos de la sociedad superdesarrollada, los problemas de la vida urbana no podrán resolverlos ni el ingenio personal ni la riqueza privada.

Lo que experimentamos en medios diversos y específicos es, como hemos observado, efecto de cambios estructurales. En consecuencia, para comprender los cambios de muchos medios personales, nos vemos obligados a mirar más allá de ellos. Y el número y variedad de tales cambios estructurales aumentan a medida que las instituciones dentro de las cuales vivimos se extienden y se relacionan más intrincadamente entre sí. Darse cuenta de la idea de estructura social y usarla con sensatez es ser capaz de descubrir esos vínculos entre una gran diversidad de medios; y ser capaz de eso es poseer imaginación sociológica.

3

¿Cuáles son en nuestro tiempo los mayores problemas para los públicos y las inquietudes clave de los individuos particulares? Para formular problemas e inquietudes, debemos preguntarnos qué valores son preferidos, pero amenazados, y cuáles preferidos y apoyados por las tendencias características de nuestro tiempo. Tanto en el caso de amenaza como en el de apoyo, debemos preguntarnos qué contradicciones notorias de la estructura pueden estar implicadas.

Cuando la gente estima una tabla de valores y no advierte ninguna amenaza contra ellos, experimenta *bienestar*. Cuando estima unos valores y advierte que están amenazados, experimenta una crisis, ya como inquietud personal, ya como problema público. Y si ello afecta a todos sus valores, experimenta la amenaza total del pánico.

Pero supongamos que la gente no sienta estimación por ningún valor ni perciba ninguna amenaza. Ésta es la experiencia de la *indiferencia*, la cual, si parece afectar a todos los valores, se convierte en apatía. Supongamos, en fin, que no sienta estimación por ningún valor, pero que, no obstante, perciba agudamente una amenaza. Ésta es la experiencia del *malestar*, de la ansiedad, la cual, si es suficientemente total, se convierte en una indisposición mortal no específica.

El nuestro es un tiempo de malestar e indiferencia, pero aún no formulados de manera que permitan el trabajo de la razón y el juego de la sensibilidad. En lugar de inquietudes —definidas en relación con valores y amenazas—, hay con frecuencia la calamidad de un malestar vago; en vez de problemas explícitos, muchas veces hay sólo el desalentado sentimiento de que nada marcha bien. No se ha dicho cuáles son los valores amenazados ni qué es lo que los amenaza; en suma, no han sido llevados a punto de decisión. Mucho menos han sido formulados como problemas de la ciencia social.

En los años treinta apenas se dudaba —salvo en ciertos círculos de negocios alucinados— que había un problema económico que era también un haz de inquietudes personales. En los argumentos acerca de "la crisis del capitalismo", las formulaciones de Marx y las numerosas re-formulaciones de su obra probablemente asientan los principales términos del problema, y algunos individuos llegan a comprender sus inquietudes personales en relación con tales términos. Los valores amenazados eran fáciles de ver y estimados por todos; las contradicciones estructurales que los amenazaban también parecían fáciles. Ambas cosas eran amplia y profundamente experimentadas. Fue una edad política.

Pero los valores amenazados en la era posterior a la segunda Guerra Mundial, muchas veces no son ni ampliamente reconocidos como valores ni se advierte de un modo general que estén amenazados. Muchas inquietudes privadas no son formuladas; mucho malestar público y muchas decisiones de enorme importancia estructural no llegan nunca a ser problemas públicos. Para quienes aceptan valores hereditarios, como la razón y la libertad, es el malestar mismo lo que constituye la inquietud, es la indiferencia misma lo que constituye el problema. Y esta situación de malestar e indiferencia es lo que constituye el signo distintivo de nuestro tiempo.

Todo esto es tan sorprendente, que muchas veces es interpretado por los observadores como un cambio en la clase misma de los problemas que ahora reclaman ser formulados. Se nos dice con frecuencia que los problemas de nuestra década, o aun las crisis de nuestro tiempo, han salido del campo externo de la economía y se relacionan ahora con la calidad de la vida individual, en realidad con el problema de si tardará mucho en dejar de haber algo que pueda llamarse propiamente vida individual. No el trabajo de los niños, sino los libros de historietas, no la pobreza, sino el ocio en masa, son los centros de interés. Muchos grandes problemas públicos, lo mismo que muchas inquietudes privadas,

se definen como cuestiones "psiquiátricas", con frecuencia, según parece, en un intento patético de evitar los grandes problemas de la sociedad moderna. A veces esta afirmación parece descansar sobre un angosto interés provinciano que sólo tiene en cuenta las sociedades occidentales, o quizás sólo a los Estados Unidos, ignorando, de esa suerte, las dos terceras partes de la humanidad; muchas veces, también, divorcia arbitrariamente la vida individual de las grandes instituciones dentro de las cuales se desenvuelve esa vida y que con frecuencia pesan sobre ella más penosamente que los ambientes íntimos de la infancia.

Los problemas del ocio, por ejemplo, ni siquiera pueden formularse sin tener en cuenta los problemas del trabajo. Las inquietudes de la familia relativas a los libros de historietas no pueden formularse como problemas sin tener en cuenta la situación de la familia contemporánea en sus nuevas relaciones con las instituciones más recientes de la estructura social. Ni el ocio ni sus usos enervantes pueden entenderse como problemas sin reconocer la medida en que el malestar y la indiferencia forman actualmente el clima social y personal de la sociedad norteamericana contemporánea. En ese clima no pueden plantearse ni resolverse problemas de "la vida privada" sin tener en cuenta la crisis de ambición que forma parte de la carrera misma de muchos hombres que trabajan en una economía de grandes compañías o empresas.

Es verdad, como constantemente señalan los psicoanalistas, que con frecuencia las gentes tienen "la sensación creciente de ser movidas por fuerzas oscuras que actúan dentro de ellas mismas y que son incapaces de definir". Pero *no* es verdad, como dijo Ernest Jones, que "el principal enemigo y el principal peligro del hombre es su misma indócil naturaleza y las fuerzas ocultas reprimidas dentro de él". Por el contrario: "el principal peligro" para el hombre reside hoy en las fuerzas ingobernables de la sociedad contemporánea misma, con sus métodos impersonales de producción, sus técnicas envolventes de dominación política, su anarquía internacional, en una palabra, con sus penetrantes transformaciones de la "naturaleza" misma del hombre y las condiciones y finalidades de su vida.

La primera tarea política e intelectual —porque aquí coinciden ambas cosas— del científico social consiste hoy en poner en claro los elementos del malestar y la indiferencia contemporáneos. Ésta es la demanda central que le hacen los otros trabajadores de la cultura: los científicos del mundo físico y los artistas, y en general toda la comunidad intelectual. Es a causa de esta tarea y de esas demandas por lo que, creo yo, las ciencias sociales se están convirtiendo en el común denominador de nuestro periodo cultural, y la imaginación sociológica en la cualidad mental más necesaria.

4

En todas las épocas intelectuales tiende a convertirse en común denominador de la vida cultural determinado estilo de pensamiento. Es cierto que hoy en día muchas modas intelectuales se difunden ampliamente para ser abandonadas por otras nuevas en el curso de uno o dos años. Esos entusiasmos quizá sazonan el juego cultural, pero dejan poca huella intelectual, si es que dejan alguna. No puede decirse lo mismo de modos de pensar como la "física newtoniana" o la "biología darwiniana". Cada uno de estos universos intelectuales se convirtió en una influencia que llegó mucho más lejos que cualquier esfera especial de ideas y de fantasías. En relación con ellos, o en relación con cosas derivadas de ellos, sabios desconocidos y comentaristas de moda re-enfocan sus observaciones y re-formulan sus problemas.

En la época moderna, las ciencias físicas y biológicas han sido el principal común denominador del pensamiento serio y de la metafísica popular en las sociedades de Occidente. "La técnica de laboratorio" ha sido el modo consagrado de proceder y la fuente de la seguridad intelectual. Ése es uno de los significados de la idea de un común denominador intelectual: los hombres pueden formular sus convicciones más poderosas según sus términos. Otros términos y otros estilos de pensamiento parecen meros vehículos de escape y oscuridad.

El que prevalezca un común denominador no significa, naturalmente, que no existan otros estilos de pensamiento y otros tipos de sensibilidad. Lo que quiere decir es que los intereses intelectuales más generales tienden a entrar en su ámbito, para ser formulados en él más rigurosamente y pensar, una vez formulados así, que si no han tenido solución, por lo menos han sido llevados adelante de un modo provechoso.

Creo yo que la imaginación sociológica se está convirtiendo en el principal común denominador de nuestra vida cultural y en su rasgo distintivo. Esta cualidad mental se encuentra en las ciencias sociales y psicológicas, pero va mucho más allá de esas disciplinas tal como ahora las conocemos. Su adquisición por los individuos y por la comunidad cultural en general es lenta y en ocasiones torpe; muchos científicos sociales mismos la desconocen

por completo. Parecen ignorar que el uso de esta imaginación es central para mejorar el trabajo que pueden hacer, que por no desarrollarla y emplearla dejan de responder a las esperanzas culturales que se tienen en ellos y que las tradiciones clásicas de sus diversas disciplinas ponen a disposición de ellos.

Pero las cualidades de esta imaginación son regularmente exigidas en materias de hecho y de moral, en el trabajo literario y en el análisis político. Se han convertido en rasgos fundamentales de esfuerzo intelectual y de sensibilidad cultural en una gran diversidad de expresiones. Los buenos críticos son ejemplos de esas cualidades, lo mismo que los periodistas serios, y en realidad se juzga según ellas la obra de unos y otros. Las categorías populares de la crítica —muy intelectual, medianamente intelectual o sin pretensiones intelectuales, por ejemplo— ahora son tan sociológicas por lo menos como estéticas. Los novelistas —cuya obra seria encarna las definiciones más difundidas de la realidad humana— poseen con frecuencia esta imaginación y se esfuerzan en satisfacer la demanda de ella. Por medio de ella, se busca orientar el presente como historia. A medida que las imágenes de la "naturaleza humana" se hacen más problemáticas, se siente cada vez más la necesidad de prestar atención más estrecha, pero más imaginativa, a las prácticas y a las catástrofes sociales que revelan (y que moldean) la naturaleza del hombre en este tiempo de inquietud civil y de conflicto ideológico. Aunque algunas veces se manifiesta la moda de intentar usarla, la imaginación sociológica no es una mera moda. Es una cualidad mental que parece prometer de la manera más dramática la comprensión de nuestras propias realidades íntimas en relación con las más amplias realidades sociales. No es meramente una cualidad mental más entre el margen contemporáneo de sensibilidades culturales: es *la* cualidad cuyo uso más amplio y más hábil ofrece la promesa de que todas esas sensibilidades —y de hecho la razón humana misma— llegarán a representar un papel más importante en los asuntos humanos.

El significado cultural de la ciencia física —el mayor y más antiguo común denominador— se está haciendo dudoso. Como estilo intelectual, la ciencia física empieza a ser considerada por muchos como algo insuficiente. La suficiencia de los estilos científicos de pensamiento y sentimiento, de imaginación y sensibilidad, ha estado, naturalmente, desde sus orígenes sometida a la duda religiosa y a la controversia teológica, pero nuestros padres y abuelos científicos han reducido esas dudas religiosas. Las dudas

hoy corrientes son profanas, humanistas, y con frecuencia absolutamente confusas. Los progresos recientes de las ciencias físicas —con su clímax tecnológico en la bomba H y los medios para transportarla— no han sido sentidos como solución a ninguno de los problemas ampliamente conocidos y profundamente ponderados por comunidades intelectuales y públicos culturales muy dilatados. Esos progresos han sido considerados, correctamente, como resultado de una investigación altamente especializada, e incorrectamente como misterios maravillosos. Han suscitado más problemas —tanto intelectuales como morales— que los que han resuelto, y los problemas que han planteado radican casi completamente en la esfera de los asuntos sociales, y no físicos. La conquista manifiesta de la naturaleza, la superación de la escasez, las sienten los hombres de las sociedades superdesarrolladas como cosa virtualmente acabada. Y ahora, en esas sociedades se cree que la ciencia —principal instrumento de esa conquista— vaga a su antojo, sin objetivo, y que necesita ser revalorada.

La estimación moderna por la ciencia en gran parte ha sido meramente supuesta, pero ahora el *ethos* tecnológico y una especie de imaginación ingenieril asociados con la ciencia probablemente parecen más temibles y ambiguos que esperanzadores y progresivos. Naturalmente, no es eso todo lo que hay en la "ciencia", pero se teme que llegue a serlo. La necesidad sentida de revalorar la ciencia física refleja la necesidad de un nuevo denominador común. Es el sentido humano y el papel social de la ciencia, sus consecuencias militares y comerciales, su significación política, lo que está experimentando una revaloración confusa. Los progresos científicos de las armas quizás lleven a la "necesidad" de reajustes políticos del mundo; pero esa "necesidad" no se cree que pueda satisfacerla la ciencia física por sí misma.

Mucho que ha pasado por "ciencia" se tiene ahora por filosofía dudosa; mucho que se considera como "verdadera ciencia" se cree con frecuencia que sólo proporciona fragmentos confusos de las realidades entre las cuales viven los hombres. Está muy difundido el sentimiento de que los hombres de ciencia ya no tratan de representar la realidad como un todo o de trazar un esbozo real del destino humano. Además, la "ciencia" les parece a muchos no tanto un *ethos* creador y una orientación, como un juego de máquinas científicas manejadas por técnicos y controladas por hombres economistas y militares que ni encarnan ni comprenden la ciencia como *ethos* y orientación. Entretanto, los filósofos que hablan en nombre de la ciencia con frecuencia la convierten en "cienticismo", sosteniendo que su experiencia es

idéntica a la experiencia humana y que únicamente con sus métodos pueden resolverse los problemas humanos. Con todo eso, muchos trabajadores culturales han llegado a pensar que la "ciencia" es un Mesías falso y pretencioso, o por lo menos un elemento marcadamente ambiguo de la civilización moderna.

Pero, según la frase de C. P. Snow, hay "dos culturas": la científica y la humanista. Ya como historia o como drama, ya como biografía, poesía o novela, la esencia de la cultura humanista ha sido la literatura. Pero ahora se insinúa con frecuencia que la literatura seria se ha convertido en un arte secundario. Si es así, no es solamente por el crecimiento de los públicos de masas y de los medios de comunicación para las masas, y por todo lo que eso significa para la producción literaria seria. Se debe también a la cualidad misma de la historia de nuestro tiempo y a los tipos de necesidades que los hombres sensibles advierten que reclaman aquella cualidad.

¿Qué novela, qué periodismo, qué esfuerzo artístico puede competir con la realidad histórica y los hechos políticos de nuestro tiempo? ¿Qué visión dramática del infierno puede competir con los acontecimientos de la guerra en el siglo xx? ¿Qué acusaciones morales pueden afectar a la insensibilidad de hombres en la agonía de la acumulación primaria? Es la realidad social e histórica lo que los hombres necesitan conocer, y muchas veces no encuentran en la literatura contemporánea un medio adecuado para conocerla. Quieren hechos, buscan su significado, desean un "gran panorama" en el cual puedan creer y dentro del cual puedan llegar a comprenderse a sí mismos. Quieren también valores orientadores y maneras apropiadas de sentir y estilos de emoción y vocabularios de motivación. Y no encuentran eso fácilmente en la literatura de hoy. No importa que esas cualidades *deban* encontrarse allí; lo que importa es que con frecuencia no las encuentran allí los hombres.

En el pasado, literatos en función de críticos y de historiadores escribieron notas sobre Inglaterra y sobre viajes a los Estados Unidos. Se esforzaron por caracterizar sociedades en su conjunto y de discernir su sentido moral. Si Tocqueville o Taine vivieran hoy, ¿no serían sociólogos? Formulándose esta pregunta acerca de Taine, un reseñador de *The Times* (Londres) dice:

> Taine vio siempre al hombre primordialmente como un animal social y la sociedad como una colección de grupos: sabía observar minuciosamente, era un trabajador de campo infatigable y poseía una cualidad... particularmente valiosa para percibir relaciones entre los fenómenos sociales: la cualidad de la firmeza. Estaba demasiado interesado en el presente para ser un buen historiador, era demasiado teórico para ser novelista, y veía demasiado la literatura como documento de la cultura de una época o de un país para ser un crítico de primera fila... Su obra sobre la literatura inglesa es menos un estudio de la literatura inglesa que un comentario sobre la moral de la sociedad inglesa y un vehículo de su positivismo. Es un teórico social, antes que nada.[1]

Que haya sido un "literato" más bien que un "científico social", atestigua quizás el dominio sobre gran parte de la ciencia social del siglo xix ejercido por la búsqueda celosa de "leyes" supuestamente comparables a las que nos imaginamos que encuentran los científicos de la naturaleza. A falta de una ciencia social adecuada, los críticos y los novelistas, los dramaturgos y los poetas han sido los principales, si no los únicos, formuladores de inquietudes individuales y hasta de problemas públicos. El arte expresa esos sentimientos y a veces se concentra en ellos —en los mejores momentos con dramática agudeza—, pero no aún con la claridad intelectual necesaria para su comprensión y alivio en la actualidad. El arte no formula ni puede formular esos sentimientos como problemas que contienen las inquietudes y las dudas a las que los hombres tienen que hacer frente ahora si han de vencer su malestar e indiferencia y las insufribles angustias a que conducen. En realidad, el artista muchas veces no intenta hacerlo. Además, el artista serio experimenta él mismo gran inquietud, y le iría bien con alguna ayuda intelectual y cultural de una ciencia social animada por la imaginación sociológica.

5

Mi propósito en este libro es definir el significado de las ciencias sociales para las tareas culturales de nuestro tiempo. Deseo especificar las clases de esfuerzo que están detrás del desarrollo de la imaginación sociológica, indicar lo que ella implica para la vida política y para la vida cultural, quizá señalar algo de lo que se necesita para poseerla. Deseo, de esa manera, aclarar la naturaleza y los usos de las ciencias sociales en la actualidad, y dar un limitado informe de su situación contemporánea en los Estados Unidos.[2]

[1] *Times Literary Supplement*, 15 de noviembre de 1957.

[2] Siento la necesidad de decir que prefiero con mucho la expresión "los estudios sociales" a la de "las ciencias sociales", no porque no me agraden

bras sólo cuando es manifiesto que ello amplía el alcance de la sensibilidad y aumenta el ámbito del razonamiento. Unos estudian estrictamente sólo ambientes en pequeña escala, con la esperanza de "armar" después con esas piezas concepciones de estructuras mayores; otros examinan las estructuras sociales en que tratan de "situar" muchos medios pequeños. Unos, olvidando por completo los estudios comparativos, estudian sólo una pequeña comunidad en una sociedad y en un tiempo; otros trabajan directamente y de un modo plenamente comparativo las estructuras sociales de las naciones del mundo. Unos limitan sus rigurosas investigaciones a secuencias muy reducidas de asuntos humanos; otros se interesan en problemas que sólo se advierten en una larga perspectiva histórica. Unos especializan su trabajo de acuerdo con compartimientos académicos; otros, saltándose todos los compartimientos, se especializan por asuntos o problemas, sin tener en cuenta dónde están situados académicamente. Unos atienden a la diversidad de la historia, de la biografía, de la sociedad; otros no.

Esos contrastes, y muchos más de tipo parecido, no son necesariamente verdaderas alternativas, aunque en el calor de la controversia o en la indolente seguridad de la especialización se les tome por tales. En este punto, yo meramente los enuncio de un modo inicial, para volver a ellos al final de este libro. Tengo la esperanza, desde luego, de que se dejarán ver todas mis tendencias o prejuicios personales, porque los juicios que formule serán explícitos. Pero también intento, independientemente de mis propios juicios, enunciar los significados culturales y políticos de la ciencia social. Mis prejuicios no son, naturalmente, ni más ni menos prejuicios que los que voy a examinar. ¡Que quienes no se cuiden de los míos usen su oposición a ellos para hacer los suyos tan explícitos y tan reconocidos como tales, como yo trataré de hacer los míos! Entonces se reconocerán los problemas morales del estudio social —el problema de la ciencia social como problema público—, y se hará posible la discusión. Entonces cada uno se conocerá mejor a sí mismo, lo que es, desde luego, condición previa para la objetividad en la empresa de la ciencia social en su conjunto.

Creo, en resumen, que lo que puede llamarse análisis social clásico es una serie de tradiciones definibles y usables; que su característica esencial es el interés por las estructuras sociales históricas; y que sus problemas tienen una relación directa con los urgentes problemas públicos y las insistentes inquietudes humanas. Creo también que hay actualmente grandes obstáculos en el camino de la continuidad de esa tradición —tanto dentro de las

ciencias sociales como en sus ambientes académico y político—; pero que, no obstante, las cualidades mentales que la constituyen, se están convirtiendo en un denominador común de nuestra vida cultural general y que, aunque vagamente y bajo una confusa variedad de disfraces, están empezando a dejarse sentir como una necesidad.

Muchos profesionales de la ciencia social, especialmente en los Estados Unidos, me parecen curiosamente renuentes a aceptar el reto que ahora se les lanza. De hecho, muchos abdican las tareas intelectuales y políticas del análisis social; otros, indudablemente, no están a la altura del papel que, sin embargo, se han asignado. En ocasiones casi parecen haber acogido deliberadamente viejas astucias y producido nuevas timideces. Mas, a pesar de esa resistencia, la atención intelectual y la atención pública están ahora tan manifiestamente fijas sobre los mundos sociales que se supone que ellos estudian, que hay que reconocer que se encuentran por única vez ante una oportunidad. En esa oportunidad se revelan la promesa intelectual de las ciencias sociales, los usos culturales de la imaginación sociológica y el sentido político de los estudios sobre el hombre y la sociedad.

6

De un modo bastante embarazoso para quien se confiesa sociólogo, todas las infortunadas tendencias (salvo quizás una) que estudiaré en los capítulos siguientes caen dentro de lo que generalmente se considera "el campo de la sociología", aunque la abdicación cultural y política que implican indudablemente caracteriza a gran parte del trabajo diario de otras ciencias sociales. Haya lo que haya de verdad en disciplinas tales como las ciencias políticas y la economía, en la historia y la antropología, es evidente que hoy en los Estados Unidos lo que se conoce con el nombre de sociología se ha convertido en el centro de reflexión acerca de la ciencia social. Se ha convertido en el centro de interés en cuanto a los métodos; y también encontramos en ella un interés extremado por la "teoría general". Una diversidad de trabajo intelectual verdaderamente notable ha entrado a tomar parte en el desarrollo de la tradición sociológica. Interpretar esa variedad como *una tradición* es audaz por sí mismo. Pero quizá se admita generalmente que lo que ahora se reputa trabajo sociológico ha tendido a moverse en una o más de tres direcciones generales, cada una de las cuales está expuesta a ciertas deformaciones.

Tendencia I: Hacia una teoría de la historia. Por ejemplo, en manos de Comte, como en las de Marx, Spencer y Weber, la sociología es una empresa enciclopédica, relativa a la totalidad de la vida social del hombre. Es al mismo tiempo histórica y sistemática: histórica porque trata de materiales del pasado y los emplea; sistemática porque lo hace con objeto de distinguir "las etapas" del curso de la historia y las regularidades de la vida social.

La teoría de la historia del hombre puede ser deformada muy fácilmente y convertirse en un estrecho molde trans-histórico en el cual se meten a la fuerza los materiales de la historia humana y del cual salen visiones proféticas (por lo general sombrías) del futuro. Las obras de Arnold Toynbee y de Oswald Spengler son ejemplos bien conocidos.

Tendencia II: Hacia una teoría sistemática de "la naturaleza del hombre y de la sociedad". Por ejemplo, en las obras de los formalistas, principalmente Simmel y Von Wiese, la sociología trata de conceptos destinados a servir para clasificar todas las relaciones sociales y penetrar sus características supuestamente invariables. En suma, se interesa en una visión más bien estática y abstracta de los componentes de la estructura social en un nivel muy elevado de generalidad.

Quizá por reacción contra la deformación de la Tendencia I, la historia puede ser totalmente abandonada: la teoría sistemática de la naturaleza del hombre y de la sociedad se convierte con facilidad excesiva en un formalismo complicado y árido en el que la descomposición de conceptos y sus interminables recomposiciones y combinaciones se convierte en la tarea central. Entre los que llamaré Grandes Teóricos, las concepciones se han convertido verdaderamente en conceptos. El ejemplo contemporáneo más importante en la sociología norteamericana es la obra de Talcott Parsons.

Tendencia III: Hacia el estudio empírico de los hechos y los problemas sociales contemporáneos. Aunque Comte y Spencer fueron los soportes de la ciencia social norteamericana hasta 1914 aproximadamente, y la influencia teórica alemana fue grande, la actitud empírica fue fundamental en los Estados Unidos desde tiempos tempranos. En parte se debió esto a haber sido anterior la consagración académica de la economía y de la ciencia política. Dado esto, en la medida en que es definida como el estudio de algún sector especial de la sociedad, la sociología se convierte fácilmente en una especie de trabajador suelto entre las ciencias sociales ocupado en estudios misceláneos de sobrantes académicos. Hay estudios de ciudades y de familias, de relaciones raciales y étnicas, y, desde luego, de "pequeños grupos". Como veremos, la miscelánea resultante se convirtió en un estilo de pensamiento que examinaré bajo el dictado de "practicidad liberal".

El estudio de los hechos contemporáneos fácilmente puede convertirse en una serie de datos de ambiente sin relación entre sí y con frecuencia insignificantes. Muchos cursos docentes de sociología norteamericana pueden servir de ejemplo; pero quizás lo revelen mejor los libros de texto relativos a la desorganización social. Por otra parte, los sociólogos han tendido a hacerse especialistas en la técnica de la investigación de casi todo. Entre ellos, los métodos se han convertido en metodología. Gran parte de la obra —y más aún del *ethos*— de George Lundberg, Samuel Stouffer, Stuart Dodd y Paul F. Lazarsfeld son ejemplos actuales. Estas tendencias —de dispersar la atención y cultivar el método por el método— son dignas compañeras entre sí, aunque no se den necesariamente juntas.

Las peculiaridades de la sociología pueden entenderse como deformaciones de una o más de sus tendencias tradicionales. Pero también sus promesas pueden entenderse en relación con esas tendencias. En los Estados Unidos se ha producido actualmente una especie de amalgama helenística que incorpora diversos elementos y finalidades de las sociologías de las diferentes sociedades occidentales. El peligro está en que, en medio de tanta abundancia sociológica, otros científicos sociales se impacienten tanto, y que los sociólogos sientan tanta urgencia de "investigar", que pierdan el dominio sobre un legado verdaderamente valioso. Pero hay también una oportunidad en nuestra situación: la tradición sociológica contiene las mejores formulaciones de la plena promesa de las ciencias sociales en conjunto, así como algunas realizaciones parciales de ellas. El matiz y la sugerencia que los estudiosos de la sociología pueden encontrar en sus tradiciones no pueden resumirse en breves términos, pero el investigador social que las tome en sus manos quedará ricamente recompensado. Su dominio sobre ellas puede convertirse rápidamente en nuevas orientaciones para su propio trabajo en la ciencia social.

Volveré a ocuparme de las promesas de la ciencia social (en los capítulos VII a X, después de haber examinado algunas de sus deformaciones más habituales (capítulos II a VI).